



REVISTA DE LITERATURA E CULTURA RUSSA

Presentación Dossiê: “Literatura soviética”

Presentation Dossiê: “Soviet Literature”

Autores: Omar Lobos
Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires,
Buenos Aires, Argentina
Julián Lescano
Universidad Nacional de Lanús, Lanús,
Buenos Aires, Argentina

Edição: RUS, Vol. 15. Nº 27
Publicação: Novembro de 2024

<https://doi.org/10.11606/issn.2317-4765.rus.2024.231499>



LOBOS, Omar; LESCANO, Julián.
Presentación Dossiê: “Literatura soviética”.
RUS, São Paulo, v. 15, n. 27, pp. 6-16, 2024.

Dossiê:

Literatura soviética

Omar Lobos* e
Julián Lescano**
(org.)

Aquello que conocemos como literatura soviética comprende autores, momentos e ideologías diversas. Podemos definirla como aquella literatura producida durante el período soviético dentro de la propia URSS, pero ¿qué hacer con aquellos autores y autoras que escribieron allí en ese momento desde la proscripción, o en opuesta sintonía con el deber ser de los presupuestos oficiales? ¿Son Zamiatin o Pasternak “escritores soviéticos”? ¿O bien debemos llamar literatura soviética solo a aquella que entraría en el marco ideológico –en tanto representación de un imaginario social– del período soviético? ¿Es entonces aquella que se ajusta al canon oficial del “realismo socialista”? ¿Y qué hacer con las vanguardias y otros autores de los años 20?

Respecto del período, en Occidente hemos accedido fundamentalmente a lo que podríamos llamar “literatura disidente”: la de los emigrados post-revolución, la de quienes “resistieron” dentro de la URSS (como Babel, Ajmátova, Pasternak, Bulgákov, etc.), la literatura del GULAG, la del “deshielo”, es decir, un corpus de autores y de obras que en general fueron publicados primeramente en el extranjero.

* Docente de la cátedra de Literaturas Eslavas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), así como de Lengua Española en la Universidad Nacional de Lanús. Miembro fundador de la Sociedad Argentina Dostoievski. <https://orcid.org/0000-0001-8802-8232>; calfucur@yahoo.com.ar

** Docente de Lengua Española en la Universidad Nacional de Lanús y profesor de lengua rusa. Profesor, licenciado y doctorando en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigador especializado en literatura rusa y traductor de Lev Lunts, Oleg Chujóntsev, Ígor Volguin, Víktor Eroféiev, Iuri Lotman y Nikolái Gógol, entre otros. Colaborador de la Revista Eslavia. Miembro fundador de la Sociedad Argentina Dostoievski. <https://orcid.org/0009-0009-6537-2239>; julianlescano@gmail.com

Sin embargo, antes, durante y después de la consolidación del llamado “realismo socialista” como orientación obligatoria de la literatura producida en la Unión Soviética, las historias de la literatura del período recogen cantidad de autores y autoras que, no obstante ajustarse al deber ser de la época, presentan enfoques y sensibilidades diferentes. Figuras devenidas canónicas como las de Nikolái Ostrovski, Leonid Leónov, Iuri Olesha, Iliá Ehrenburg, Dmitri Fúrmanov, Olga Berggolts, Alexéi Tolstói, Alexandr Fadéiev, Konstantín Simonov, Konstantín Paustovski y otros fueron leídos por millones de lectores y hasta hoy son considerados en su mayoría clásicos de la literatura rusa.

En ese marco, no fue menor el rol de los grandes legisladores de las letras: el primero, sin duda, Maxim Gorki, viejo patriarca a inspiración de cuya antigua novela *La madre* (1907) se sentarían las bases del realismo socialista; luego, Alexandr Fadéiev, el plenipotenciario secretario general de la Unión de Escritores Soviéticos durante más de veinte años, de quien dependían en buena medida las publicaciones, los reconocimientos, las ayudas, las orientaciones; y después de la Gran Guerra, es insoslayable la figura de Andréi Ždánov, que iniciaría un período de persecuciones ideológicas, purgas y represalias dentro del ambiente literario ante las más mínimas desviaciones de lo que prescribía la línea del partido y la propaganda del ideal del hombre soviético (cuyo gran enemigo era occidente y sus valores corrompidos).

Asimismo, puede distinguirse una periodización temporal esquemática que involucra momentos y temas que movilizaron una enorme producción literaria, como el de la guerra civil (*El año desnudo*, de Borís Pilniak; *Chapáiev*, de Konstantín Fúrmanov; *Caballería roja*, de Isaak Bábel; *El Don apacible*, de Mijaíl Shólojov; *Cómo se templó el acero*, de Nikolái Ostrovski; *Las ciudades y los años*, de Konstantín Fedin; *Tren blindado 14-69*, de Vsevólod Ivánov), el de los escritores “compañeros de ruta” (NEP, Proletkult) (puede incluirse aquí parte de la producción de Vladímir Maiakovski y de Serguéi Esenin, así como el grupo de los “Hermanos de Serapión”), el de la construcción del socialismo hasta el Primer Congreso de Escritores Soviéticos (Primer y Segundo Plan Quinquenal) (*Cemento*, de Fiódor Gladkov; *Chevengur*, de Andréi Platónov; *Sot*, de Leoníd

Leónov). En 1934 tiene lugar el famoso Primer Congreso de Escritores Soviéticos y la entronización del “realismo socialista” como estética oficial. Los años que siguen, no obstante, son extremadamente difíciles para el quehacer literario: Procesos de Moscú y comienzo de la Gran Guerra Patria. Un acontecimiento de tales magnitudes como este último produciría a posteriori obras monumentales como *Vida y destino* de Vasili Grossman, *La joven guardia* de Alexandr Fadéiev, la trilogía de Konstantín Símonov *Los vivos y los muertos*, etc. –. Siguiendo el orden, luego de la muerte de Stalin sobreviene el llamado período del “deshielo”, que significó un progresivo y amplio apartamiento de los mandatos del realismo socialista. El período, así bautizado por la novela homónima de Iliá Ehrenburg, cuya primera parte fuera publicada en 1954, estuvo marcado por una liberalización del clima literario y la aparición de obras que se permitían críticas a distintos aspectos del gobierno, la burocracia y la sociedad soviética, así como cuestionamientos al “héroe positivo” omnipresente en el realismo socialista. Novelas como *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Alexandr Solženitsyn (que describía con crudeza las condiciones de vida de los prisioneros del Gulag), *En la ciudad natal* de Víktor Nekrásov o la ya mencionada *Los vivos y los muertos* de Konstantín Símonov habrían sido imposibles de publicar tan solo unos años atrás. Es en esta época también que se rehabilita a escritores que habían sido víctimas de las purgas de los 30 o que sencillamente habían caído en desgracia en los años más duros del ždanovismo: Isaak Bábel, Mijaíl Bulgákov, Iván Katáiev e incluso el expatriado y ganador del premio Nobel Iván Bunin son reeditados por primera vez en años.

Un evento de trascendental importancia para las letras rusas sería el catalizador de un primer aflojamiento en el deshielo en los años subsiguientes: en 1958, Borís Pasternak recibe el premio Nobel de Literatura por su novela *El doctor Živago* y se ve obligado a rechazarlo por presiones del Partido. A partir de ese momento los momentos de liberalización alternaron con renovadas embestidas de los sectores más dogmáticos, situación que devino en una brecha cada vez más pronunciada entre padres e hijos, entre posiciones conservadoras y otras más liberales, que no haría sino profundizarse con el pasar del

tiempo. La generación más joven se volcaría en esos años a la poesía, género que ofrecía mayores posibilidades de expresión a escritores ávidos de libertad creativa. En 1956 se estableció el Día de la Poesía con gran éxito en toda la URSS: comienza a observarse el espectáculo de los conciertos de poesía, que reunían a públicos multitudinarios que se agolpaban para escuchar recitados de sus autores favoritos.

La década del 60, en particular, es en el país una época de cambios, de renovadas inquietudes, de actitud crítica e interés por las ideas nuevas, que cristalizan en la aparición de una subcultura joven que aspiraba a reformas en lo político y favorecía la vanguardia en el arte. Es el momento de poetas inmensamente populares como Andréi Voznesenski, Bela Ajmadúlina, Bulat Okudžava (uno de los fundadores de la “canción de autor” soviética) y, sobre todo, Evgueni Evtushenko, ídolo de la juventud cuya poderosa voz encandilaba a estadios repletos que lo oían enmudecidos. Cuentistas como Iuri Kazakov, Vasili Aksiónov y Iuri Naguibin completan el panorama de los sectores “liberales” del campo literario.

El período en que Leoníd Brezhnev fue secretario general del PCUS (1964-1982) es designado en ocasiones con el nombre de “estancamiento”. En el ámbito de la literatura, la situación se caracterizó por un boom de las más diversas tendencias que entraban en tensión entre sí en su pugna por la hegemonía. En primer lugar, la literatura llamada en ruso *sekretárskaia*, es decir “secretarial” u “oficialista”, creada por escritores que eran también funcionarios de diversas instituciones literarias y que seguía respondiendo a los cánones –si bien ya más relajados– del realismo socialista, con autores como Gueorgui Márkov (*Siberia*) o Iuri Bóndarev (*La orilla*). Estas obras, a pesar de publicarse en tiradas de millones de ejemplares, en general se leían bastante poco y sus innumerables tomos solían llenar los estantes de las bibliotecas. En segundo, tenemos la literatura campesina o “prosa rural”, que solía tratar, desde una mirada conservadora, el deterioro de las tradiciones y la destrucción del modo de vida rural debido a la urbanización; en esta tendencia encontramos autores de valía como Valentín Rasputin (*El adiós a Matiora*), Vasili Belov (*Vísperas*) y Víktor Astáfiev (*El pez zar*). En tercer lugar, y como suerte de reacción frente a esta última, aparece la “prosa urbana”, que elaboraba retratos

de la vida en la ciudad desde una posición de inconformismo, con figuras de la talla de Iuri Trifonov, célebre periodista deportivo y novelista que, considerado como el favorito para el premio Nobel de Literatura de 1981, falleció pocos meses antes de la decisión del jurado. Su obra más celebrada es *La casa en el malecón*, publicada en 1976. Mencionaremos por último, para completar el panorama de la década, la ciencia ficción, género que ganó inmensa popularidad en estos años (en especial de la mano de los hermanos Arkadi y Borís Strugatski, celeberrimos autores de *Picnic junto al camino*, libro que adaptaría al cine Andréi Tarkovski con el título de *Stalker*); la poesía, donde se observa una polarización entre la poesía oficial y los “sesentistas”, como Evtushenko y Okudzhava, que continuaban trabajando al límite de lo permitido (es por estos años que Iósif Brodski debe exiliarse del país para no volver), y la literatura abiertamente disidente, cuyas obras a menudo circulaban de manera clandestina dentro del país (*samizdat*) o se publicaban directamente en el exterior (*tamizdat*). Dentro de este grupo podemos recordar a Solženitsyn y a Abram Terz (seudónimo de Andréi Siniavski), escritor satírico que, junto con su amigo Iuli Daniel, fuera detenido en 1966, acusado de publicar sus obras –en ruso y en numerosas traducciones– en el extranjero.

Durante el período inmediatamente anterior a la perestroika comienza a extenderse un movimiento *underground* que exploró temas tabú a través de lo absurdo, lo onírico y lo experimental, y ejerció la parodia y el juego intertextual como desafío a las normales estéticas oficiales: el clásico de culto *Moscú-Petushki* de Venedikt Eroféiev, *Escuela de tontos* del emigrado Sasha Sokolov, los relatos de Evgueni Popov y los primeros trabajos de Vladímir Sorokin son heraldos de una corriente que pasaría a dominar la escena literaria rusa luego de la disolución de la Unión Soviética.

Los últimos años de la literatura que legítimamente podría considerarse soviética estuvieron signados por la apertura que promovieron las reformas de Mijaíl Gorbachov, la *glasnost* (transparencia, sobre todo en los ámbitos social y cultural, que conllevó la desaparición de la censura) y la perestroika (reestructuración, que apuntaba a los aspectos políticos y económicos del régimen). Los escritores encontraron entonces una

oportunidad inédita para abordar de manera abierta temas y estilos que habían sido prohibidos o marginados durante décadas. Esto llevó, por un lado, a la legitimación de obras antes solo publicadas en *samizdat* y *tamizdat* y a la rehabilitación definitiva de autores hoy centrales del canon como Mijaíl Bulgákov u Ósip Mandelshtam y, por otro, al surgimiento de nuevas voces y géneros que se permitían revisitar traumas del pasado soviético (*Los hijos del Arbat* de Anatoli Rybakov) o experimentar con las formas, por ejemplo mezclando lo documental con lo literario como lo hace la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich en *Los muchachos del zinc*, publicada en 1989, año de la caída del Muro de Berlín.

Como sostuvimos al comienzo, la definición y los límites de la literatura soviética resultan difusos, pero contienen en sí innumerables autores y obras de fuste, muchas de las cuales ni siquiera han sido traducidas a las lenguas occidentales. Lo anterior no es más que un somero repaso por algunos de los períodos, autores e hitos de este amplio territorio, pero, creemos, sirve como muestra de la enorme riqueza y variedad artística que se esconde en un legado literario acumulado a lo largo de setenta años de historia y que es aún poco conocido en nuestro occidente.

Los artículos que siguen abordan figuras, orientaciones y problemáticas contempladas en el ligero repaso realizado arriba y alcanzan a conformar un cierto lienzo epocal.

La novela *V tupike* (“En un callejón sin salida”) de Vikenti Veresáiev es la primera en tratar el tema de la guerra civil que sobreviene a la revolución bolchevique y que se extenderá hasta 1921. Escrita al calor de los acontecimientos, fue publicada en 1922 y pudo sobrevivir hasta comienzos de los años 30, cuando fue prohibida. Su tema –que Veresáiev ya había abordado en su literatura precedente– es el drama de la intelectualidad humanista de izquierda que, tras el advenimiento de la revolución, ve con ella el ocaso de su propio mundo. La relación *intelligentsia*-Guerra civil será recurrente en muchas obras de la literatura soviética, y encontrará su culminación unas tres décadas después con la monumental *El doctor Živago*, de Borís Pasternak. El artículo de David Mandel se centra en el análisis de las contradicciones entre los objetivos

humanistas y socialistas profesados por el régimen revolucionario –al que los personajes de la familia protagonista adhiere– y los medios a menudo violentos y arbitrarios que adoptó –con los que no todos aquellos pueden concordar fácilmente–. El artículo incluye un breve análisis de la recepción de la novela antes de su prohibición, que será levantada recién en los años post-perestroika (ello a pesar incluso del otorgamiento al autor del premio Stalin al mérito).

En otro orden, el artículo de Daniela Mountian “Literatura soviética para crianças: A revista *Ouriço*” se centra en este proyecto del editor y poeta Samuil Marshak (1887-1964) destinado a niños pioneros. El nombre de la publicación juega con el doble sentido de las siglas de *Ežemesiáchni Žurnal* (“Revista Mensual”) y la palabra *ěž* (“erizo”). La revista reunió a importantes escritores y pintores de las diversas tendencias artísticas que proliferaban a principios del siglo XX, incorporando innovadores experimentos poéticos, gráficos y educativos. La autora analiza algunas secciones desde el punto de vista literario y gráfico, en particular de las ediciones de 1928 y 1929, antes de que el realismo socialista se convirtiera en la estética oficial del país. En esos años, según la autora, todavía eran ostensibles los aires de renovación que la década de 1920 había traído, con las vanguardias y las posibilidades de experimentación. La revista sería cerrada definitivamente en 1935, y muchos de sus más conspicuos colaboradores serían represaliados (fusilados, encarcelados o deportados) en los años del Gran Terror.

El artículo “Una lectura del cosmismo ruso en relación con la política soviética y la realidad actual” de Julia Sarachu, entre tanto, aporta elementos para un abordaje del cosmismo como uno de los movimientos intelectuales y filosóficos clave de la Rusia de los últimos dos siglos. El afán cosmista era transformar radicalmente la humanidad a través de nociones como la inmortalidad, la resurrección de los muertos, la cooperación global y la dominación de la naturaleza. Sarachu pasa revista a figuras como Nikolái Fiódorov, Alexandr Sviatogor, Konstantín Tsiolkovski y Alexandr Bogdánov para examinar críticamente sus ideas y establecer sus puntos de encuentro y desencuentro, y reflexiona acerca de la posible vigencia del pensamiento cosmista en la realidad de hoy.

A lo largo de los siglos XIX y XX rusos fueron las mujeres las encargadas de custodiar una memoria ligada a momentos históricos cruciales. Desde las esposas de revolucionarios decembristas que siguieron a sus maridos a Siberia, como María Volkónskaia y Polina Ánienkova, pasando por revolucionarias como Sofia Kovalévskaja, Viera Zasúlich, Irina Kajóvskaja y Viera Fígner, hasta los tiempos soviéticos, de los que tenemos testimonios invalorable como los *Recuerdos* de Nadežda Mandelshtam y mucha literatura autobiográfica femenina sobre la experiencia de los campos de concentración. Giuliana Almeida se detiene en su artículo en un testimonio de otro trágico momento histórico como fue el sitio de Leningrado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial: el diario de Elena Skriábina, que se conoce como *Cerco y supervivencia - La odisea de una leningradense* y trata sobre la experiencia de sobrevivir al sitio que duró 872 días y significó para los habitantes de la ciudad inenarrables horrores, penurias y privaciones. No obstante, concluye la autora del artículo, si para las víctimas de tamañas tragedias existe un sentimiento de imposibilidad de vivir una vida ordinaria frente a la fuerza centrípeta del momento histórico, registrar la vida que resiste y sigue adelante incluso en medio de la barbarie es una forma de romper el ciclo de la violencia y restaurar la humanidad del colectivo.

Además de ser autor de *El doctor Živago*, que le granjeó en 1958 un Premio Nobel de Literatura que se vio obligado a rechazar por presiones del gobierno soviético, Borís Pasternak ha sido aclamado como uno de los más grandes poetas rusos de la época post-revolucionaria. Su pluma sintetiza de modo magistral las principales tendencias de la poesía rusa, desde la tradición clásica hasta la exaltación futurista, pasando por la delicada musicalidad de los simbolistas. El artículo de Svetlana Garziano se centra en una faceta menos conocida de la producción de Pasternak: su obra autobiográfica. A través de una lectura minuciosa de “El salvoconducto” y “Hombres y posiciones”, que recorre sus temáticas y rasgos estilísticos dominantes, la autora explora cómo el poeta entrelaza su experiencia personal con una potente profesión de fe de su arte literario. La narrativa autobiográfica de Pasternak, concluye la autora, es menos una oportunidad para hablar de sí mismo

que para reflexionar acerca de los vínculos entre verdad y ficción y la naturaleza del arte y la creación poética.

Publicado originalmente en 1973, *Archipiélago Gulag* de Alexandr Solženitsyn representa, junto con los *Relatos de Kolymá* de Varlam Shalámov, uno de los más célebres testimonios sobre la experiencia de los campos de concentración soviéticos. El tema de la obra, definida por su autor como “artístico-documental”, había sido anticipado en la década anterior por el también célebre relato del propio autor *Un día en la vida de Iván Denísovich*. El artículo de Lorena Lopes Silva sobre *Archipiélago* aborda el texto a través del concepto bajtiniano de “polifonía”, en tanto ha sido elaborado a partir de más de doscientas cartas de ex-zeks y de la propia experiencia del autor en los Gulags. En la obra, Solženitsyn da voz a quienes vivieron en los campos de concentración soviéticos, estableciendo un diálogo constante con la versión oficial de la historia de la época. Construye así una obra épica, que es fruto de un experimento de investigación artística que se apoya en un narrador híbrido, tanto monofónico como polifónico. También explora el papel de la narración polifónica en la representación de acontecimientos traumáticos, a la luz de las reflexiones de Walter Benjamin sobre el declive de la narrativa.

Yoann Colin, por su parte, se detiene en su artículo en la figura del filósofo lituano de origen judío Emmanuel Lévinas. Reconocida en él la influencia de los escritores clásicos rusos del siglo XIX, el presente análisis repara en las referencias que hay en sus obras a escritores soviéticos como Vasili Grossman, el famoso autor de *Vida y destino*, y el sociólogo y pensador Alexandr Zinóviev. Es cierto que ambos son críticos del régimen, y por eso la pregunta del análisis es cuál es el interés de Lévinas en ellos y en qué pueden contribuir al desarrollo de su pensamiento filosófico. La tesis es que incongruencias como el antisemitismo y la ideologización de la conciencia en el mundo soviético resultan análogas a las monstruosidades producidas por el pensamiento filosófico occidental (fundamentalmente egocéntrico y “burgués”). Así, el pensamiento soviético no puede constituirse para Lévinas en una alternativa.

Por último, el artículo de Ian Anderson Maximiano Costa, “A figura da “Mãe” na cultura e literatura soviética: o realismo em

Górki e o testemunhal em Aleksiévitich”, analiza las representaciones de la “madre” en dos obras esenciales de la literatura rusa y soviética: la ya mentada novela de Gorki *La madre* y *Los muchachos de zinc*, de la escritora bielorrusa Svetlana Aleksiévitich, publicada originalmente en 1989. En el primer caso, la maternidad se vincula con la génesis del realismo socialista y la creación del “hombre nuevo” y la “mujer nueva”, con la transformación de la madre protagonista, Pelagueia Nilovna, en emblema de la revolución y la esperanza del triunfo futuro del socialismo. En el segundo, las madres de los soldados soviéticos muertos en la guerra de Afganistán dan testimonio de su dolor como forma de denuncia contra la burocracia soviética y de lucha por la memoria de sus hijos. El autor destaca cómo, en ambos casos, la maternidad trasciende la esfera privada y se inserta en lo político, ya sea como símbolo revolucionario o como voz de resistencia ante la catástrofe y el colapso de la utopía socialista. Además, Costa estudia los cambios que sufrió la figura materna en la iconografía y en la cultura soviética desde la Revolución de Octubre hasta tiempos de Stalin y más allá, y los liga con la visión de la maternidad que se desprende de las obras que son objeto del análisis.

En este número, incluimos además dos traducciones inéditas.

Maxim Gorki ha sido, como dijimos, uno de los grandes popes e inspiradores del llamado realismo socialista. Ana Carolina Barros Vasques traduce para el dossier su artículo “Sobre la pequeña burguesía” (1905), fundamental para comprender el *meschanstvo*, noción de central importancia en la cultura rusa que el autor ha abordado también en su drama *Meschane* (*Los pequeños burgueses*). *Meschanstvo*, en ruso, refiere no solo a una clase social, sino a una mentalidad: el filisteísmo conformista, el egoísmo hipócrita y mediocre que la época soviética buscó desterrar como odioso resabio de la cultura burguesa. A través del examen de este fenómeno, Gorki nos ofrece claves para leer no solo su época, sino también la nuestra.

Clara Drummond de Andrade Magalhães, por su parte, presenta la traducción de la semblanza *V zímniem dvortsé* (“En el palacio de invierno”) de Larissa Mijáilovna Reisner (1895-1926), precedida de una breve noticia sobre la autora. Reisner fue una joven escritora revolucionaria, que participó en la Guerra Civil

y que integró, siendo secretaria de Anatoli Lunacharski, la comisión especial de inventario y preservación del Hermitage y otros museos de Petrogrado.